

## Artículos

Selección de artículos periodísticos publicados de 1999 a 2004 en el Diario El Comercio, Lima 1999.

### Acerca del libro infinito

(típica columna de cuando uno no tiene tema y es el día de cierre)

Se ha comparado a Dios con la idea de un libro infinito. Yo creo que todo buen libro está hecho a imagen y semejanza del inconcebible universo, o, en todo caso, ha tomado algo de esa sustancia que no puede ser expresada en números ni en palabras, y que incómodamente acepta el nombre de Metafísica.

Borges cita que en el octavo libro de la Odisea: los dioses tejen desdichas para que a las futuras generaciones no les falte algo que contar. Quiere decir que esa soberbia acumulación de ruindades y progresos que llamamos Historia, tiene el secreto y divino propósito de existir para ser escrita. Alguien —plural y sucesivo: el hombre— sería el segundo autor de la Historia. El primero es Dios, porque en el principio fue el verbo. Entonces podemos concluir que todo buen libro está escrito a imagen y semejanza de ese legajo primario e infinito que es el universo.

La idea me apasiona por su arquitectura lógica, pero puede ser defendida incluso en el reino de lo cotidiano. ¿Cuál es el mejor libro posible? Aquel que sobrevive a través de sus lectores. Hay en los libros una doble naturaleza: primero viven una suerte de presente eufórico e irreflexivo, son las obras que consiguen un gran número de lectores en un corto periodo de tiempo (Isabel Allende, Zoe Valdés, Bayly y cosas semejantes). Luego viene su segunda naturaleza que es la verdadera prueba del valor de un libro: conseguir un gran número de lectores a lo largo del tiempo. Ningún best seller se ha vendido tanto como La Iliada, que lleva treinta siglos sumando ávidos lectores. Es esa «sed de eternidad» que tenemos, y que solo puede ser saciada con volúmenes igualmente eternos.

A principios del siglo XVII alguien demostró que todo cuerpo sólido es la superposición de un número infinito de planos. Si forzamos dicho teorema hacia el reino de la estética y lo aplicamos a nuestro difícil libro, tenemos que cada hoja aparente se desdobra en infinitas hojas análogas, siendo imposible constatar la primera, la última, o la página central. Los encantos de un libro valioso conservan este vertigo de infinitud: sus ideas son inagotables, pueden aparecer en cualquier lugar del libro, y cada generación de lectores cree encontrar algo que nadie aun ha descubierto.



### La ley es cultura

(acerca del relajo legal en el Perú)

Después de incendiada la discoteca Utopía, se está dando el primer paso para que el Perú deje de ser ese país utópico donde los locales funcionan como Dios y la ley del hombre mandan. Lo que antes nos hubiera parecido imposible, a saber, que sean íntegramente monitoreadas las medidas de seguridad y la licencia de funcionamiento de cada local en el país, ahora se está llevando a cabo.

Hay varias preguntas obvias que flotan en el ambiente, y que cada cual debe responderse a su gusto y disgusto. ¿Por qué esperar que la tragedia nos golpee para inventar la profilaxis de los accidentes, que está inventada desde que los romanos construyeron su coliseo con centenares de salidas señalizadas? ¿Por qué no fue suficiente con alguno de los tremendos incendios que nos visitaron antes en zonas «marginales», o aquella tragedia de un 24 de diciembre donde una simple bomba lacrimógena segó una decena de vidas en una discoteca de La Victoria sin licencia ni medidas de seguridad?

Pero aun más productivo resulta ir más allá del pasado, poniendo luz larga para mirar hacia delante, y también voltear la vista hacia el costado a ver qué pasa con lo que hoy vamos haciendo que se parece a la negligencia de los locales. Por ejemplo, todo el mundo sabe que aquí se maneja ignorando soberanamente cualquier regla de urbanidad, que las coimas son la licencia de mal funcionamiento al volante, y que los accidentes de tránsito cobran al año más vidas que los asesinatos en época del terrorismo. Pero la desidia nacional impide que alguien haga algo verdaderamente eficaz al respecto.

Uno de los principios elementales del hombre civilizado es saber que la barbarie que nos negamos a combatir se convierte en nuestra propia barbarie. Desde arrojar papeles al suelo hasta ignorar las normas de convivencia. Coimear o aceptar la coima es lo mismo. Pagar un cover descabellado para entrar a un local precario donde

nos quieren vender la disneylandia del placer, es estimular a que los encargados metan el doble de gente que puede soportar el local. La solución no es hacer operativos en coyunturas críticas, sino crear infraestructuras para que la coyuntura llegue a ser la norma.

Repasemos qué hay detrás de sólo tres sucesos infaustos que nos han golpeado últimamente: el atentado en el centro comercial El Polo, el vergonzoso asesinato del torero español, y la tragedia de Utopía. Si hubiera sido jueves, en el Polo hubieran fallecido el doble de personas, simplemente porque debajo de los carteles que prohíben beber, todo el mundo se pone a beber. Al torero lo mató la policía, que es quien debería encargarse de hacer cumplir una ley que no sea la de la selva. Y en Utopía se violaron todas las leyes imaginables, hasta las ecológicas sometiendo a un par de fieras al denigrante cautiverio de una jerga. El tronco común: en nuestro país es fácil no cumplir las leyes.

Ojalá dentro de tres meses la amnesia jurídica, la indulgencia criolla, o la tentación de aceptar plata de quienes hoy se ven afectados por el operativo nacional, no nos vuelva a llenar el país de locales asesinos.



### La casa nostra

(sobre lo infernal de alquilar un departamento)

Hay una sola cosa peor que permanecer indefinidamente en el mismo sitio: mudarse con frecuencia. Y mi vida entre La Habana y Lima me obliga a hacerlo. Este síndrome de las maletas no te deja otra opción que invertir una dolorosa suma en una computadora portátil, aceptar con resignación nómada que las cosas se vayan perdiendo en el camino, y vivir con la eterna sensación de que nada es tuyo. Pero mudarse en esta ciudad exige tanta tenacidad, imaginación y coraje, como si se buscara el Vellocino de oro.

Lo primero que se sufre es a esos amigos que con demasiada buena fe le dicen a uno: «Compadre, los alquileres han bajado un montón, ahora te encuentras un departamento en el malecón Cisneros, con cochera y wachimán con sonrisa incorporada, por doscientos dólares». Mentira. Si uno se deja embaucar termina más frustrado que un chino en quiebra. Lo peor es que cuando revisas los clasificados del domingo parece que el amigo tiene razón.

Allá va el hombre más optimista del mundo a hacer una docena de llamadas a celulares, y los corredores te explican con un vocabulario tan barroco como sospechoso los encantos del sitio. Luego vienen las citas —otra vez sonrisa incorporada— y te muestran aquello. Entonces uno también sonríe y dice: «Los clósets están perfectos, ¿y los cuartos?». Ahí es cuando el corredor se pone todo lo serio que puede y explica: «Lo que usted ha visto son los cuartos».

Si se exigiera absoluta sinceridad (so pena de cárcel por delito de perjurio), a la hora de poner un anuncio, se podrían leer cosas como: «Alquilo horroroso departamento de tripley con cañerías defectuosas en territorio de fumones», o, «Alquilo mini departamento, tan mínimo, que quien lo habite deberá acostumbrarse a dormir toda la noche en posición fetal». Pues hay una diferencia abismal entre el abstracto signo lingüístico (me refiero al anuncio), y la cosa concreta.

El precio suele ser mejor indicador, aunque no siempre. Después de llegar a la dramática conclusión de que por menos de trescientos la cosa no funcionaba, me decidí por un departamento en la cuadra 1 de Benavides. Mi pretensión: vivir céntrico. Mi error: vivir céntrico. Decidí tomarlo un silencioso domingo, y me arrepentí de firmar el contrato un ruidoso lunes. Luego conocí a una corredora de lo más agradable que me enseñó un departamento de lo más lindo a un precio razonable, pero cuando tuve la entrevista con su propietaria, la nada razonable señora empezó por pedirme: aval de mi institución empleadora, carta de garantía comercial, estado de cuenta bancaria con los últimos movimientos, tres últimas boletas de pago, y una especie de prueba odontológica que demostrara que yo efectivamente era yo.

Pero mi más aleccionadora experiencia fue con un departamento de cuyo dueño no quiero acordarme. El anciano señor me hizo ir tres veces, luego me sometió a un minucioso interrogatorio con preguntas al estilo de «qué hacen sus padres en Cuba»; para al final decirme que no me lo alquilaba porque yo era muy joven. Estuve a punto de decirle que no se preocupara tanto por los rigores del contrato, que si lo hacíamos por un año, él se iba a mudar antes con carácter definitivo al camposanto, mientras que a mi no me quedaba otra que permanecer temporalmente en este infierno.